

*ORIENTE MEDIO Y NUEVO ISLAM TRAS EL VIAJE
DEL REY HASSAN II*

Mientras la atención puesta en la actualidad del denominado «Oriente Medio», o más bien «Cercano Oriente», ha seguido en la primavera del corriente 1968 una trayectoria apoyada en lo sensacionalista de los hechos ruidosos, las líneas esenciales del enfoque de los problemas arábigos e islámicos en aquella región se van moviendo silenciosamente hacia nuevos enfoques geopolíticos dinámicos. Aquel Cercano Oriente (cada vez más sacudido y confuso desde la guerra de Israel, en junio de 1967, contra Jordania, Siria y la R. A. U.) sigue siendo considerado ante todo como un punto meta de los intereses, las ambiciones y las clientelas de las grandes potencias mundiales; pero crece la tendencia a que vayan predominando los intereses de los pueblos y los núcleos nacionales locales que existían antes de 1914, y se han ido articulando bajo formas modernísimas entre 1922 y 1962.

El viaje que en el pasado abril efectuó el Rey Hassan II de Marruecos a Turquía, Persia y Arabia Saudita, ha servido de ocasión para que destaquen las evidentes posibilidades de las aproximaciones entre los Estados y los pueblos que, alrededor de gran parte del Mediterráneo, participan en las tradiciones y conformaciones islámicas. La trayectoria y los efectos inmediatos del referido viaje fueron inicialmente los de carácter protocolario de un recorrido oficial, aunque en términos muy cálidos y entusiastas, mientras que los primeros resultados han sido más de buen efecto moral que de medidas prácticas concretas. Pero, de todos modos, la necesidad de una aproximación entre los países arabizados y sus otros vecinos naturales se dejaba sentir, y ha resultado muy oportuno que el camino haya sido abierto por el soberano y jefe del Estado de Marruecos.

En realidad, no sólo por las intervenciones del rey y de algunos destacados políticos marroquíes en los problemas del Cercano Oriente, sino por varios

aspectos de la posición especial de la nación del «Magreb al Aqsa», dentro del Norte de Africa y del sistema de los Estados agrupados en la Liga de El Cairo, ha podido decirse que la primavera del corriente año ha señalado un «momento marroquí». Así se ha escrito en varios sectores de información de Europa occidental, que Rabat «es una encrucijada natural del Oeste y del Este», tanto en los sentidos de los vínculos políticos como en el del «empeño por el sentido de lo justo mundial».

En realidad, el primero de los antecedentes de los deseos y las gestiones para que el Reino del Magreb sirviese de punto de enlace y referencia a conjuntos de países, estuvo en la Conferencia de Casablanca, celebrada en enero de 1961. Se debió a una iniciativa personal del rey Mohammed V en pro de la cooperación entre todos los Estados del Continente africano. De hecho a aquella Conferencia sólo asistieron los jefes de Estado de seis países, pero el «Pacto africano», que entonces propuso el primer soberano del nuevo Marruecos independiente, fue lo que después de muchas vueltas y revueltas llegó a servir de base para la actual organización interafricana, que tiene su sede en Addis Abeba.

En septiembre de 1965 tuvo lugar en Casablanca la tercera Conferencia o Congreso de los jefes de Estado árabes, en la cual tomaron parte los soberanos y jefes de Estado de doce países miembros de la Liga. El hecho de que aquella tercera Conferencia cumbre se hubiese celebrado en una ciudad de Marruecos se debió, en primer lugar, a las gestiones de Hassan II, y luego, a la convicción de que tanto por su relativo alejamiento geográfico como por las posiciones de mayor serenidad de los gobernantes marroquíes ante el problema palestín y los de las evoluciones político-sociales internas en el mundo árabe, el Reino del Magreb constituye uno de los mejores puntos de equilibrio. Así en aquella cumbre de Casablanca se firmó un «Pacto de Solidaridad Árabe», considerado como el necesario complemento a la Carta de la Liga Árabe que fue establecida en El Cairo.

Relacionada directamente con las formas de la cooperación y solidaridad, así como con el cumplimiento del Pacto de Casablanca, estuvo la proposición de celebrar otra Conferencia cumbre arábica en Rabat. Su convocatoria fue pedida por Hassan I a la Secretaría General de la Liga, en mayo de 1967; es decir, cuando los planes bélicos de Israel se hacían cada vez más evidentes y sus apoyos entre ciertas grandes potencias más apremiantes. Haber establecido entonces una acción defensiva árabe totalmente planificada y unificada

hubiese podido servir para hacer reflexionar a Israel. Como entonces no se hizo así, la guerra de junio, con la derrota de la R. A. U. y Siria, además del aplastamiento de Jordania, estropearon la situación árabe local, con las dos impresiones simultáneas del revés y del desquite, con el desencanto, las guerrillas y los reajustes gubernamentales precipitados. Pero siguió siendo evidente la sensación de que si la nueva Conferencia cumbre de Hassan II se hubiese celebrado antes de la guerra, se habría podido fundamentar en los rumbos del Consejo de Seguridad en un momento que parecía propicio a los alegatos de los países árabigos. Pero como los Estados árabes del sector oriental no se pusieron entonces de acuerdo, aquello sirvió para que Israel viese la vía libre.

En diciembre la Conferencia cumbre volvió a ser propuesta, con localización ya fijada en Rabat. Volvió a sugerirla el rey Hassan, apoyado por el de Jordania, Hussein. Entonces sus objetivos tenían que ser más limitados, basándose inicialmente en una confrontación árabe de las condiciones de paz posibles y en la adopción de una actitud concentrada en las Naciones Unidas. Se llegó a una aceptación general de que la reunión de Rabat hubiese comenzado el 17 de enero; pero el día 6, en el Consejo de la Liga, y después de una petición egipcia, fue decidido su aplazamiento indefinido. En El Cairo, el director del diario *Al Ahram*, Mohammed Hassanein Heykal (considerado como el más autorizado portavoz oficioso de la cabecera del Estado egipcio), escribía entonces que la reunión de Rabat habría sido indispensable para que la puesta en común de todos los recursos árabes disponibles hubiese sido el mejor apoyo para ayudar al cumplimiento de las resoluciones de la O. N. U., censurando y condenando a Israel. Pero entonces se vio que era muy difícil lograr una aceptación real y no verbal de ciertos dirigentes árabes, como los de Arabia Saudita, Siria y Tunicia, aunque unos y otros por causas diferentes.

Un episodio intermedio de transición fue a fines de febrero, la visita que hizo a Rabat el ministro de Asuntos Exteriores de la R. A. U., señor Mahmud Riad, en el curso de un recorrido iniciado en otros países árabes y continuado por Madrid. Aquel recorrido se definió como «viaje de consultas y de información», pero en su etapa magrebí sirvió para exponer al ministro marroquí de Asuntos Exteriores, doctor Laraki, las impresiones de los gobernantes de El Cairo ante los resultados de la misión del enviado especial de la O. N. U., señor Gunnar Jarring. También debió ponerse entonces de evidencia que el sector más reticente, respecto a la dudosa posibilidad de

un nuevo contacto directo de los principales responsables de los países árabes, estaba en Arabia Saudita. Eso destacó el interés que después despertó un viaje especial que hizo a Riyad (aparte que alguna que otra etapa secundaria) el jefe del Gabinete Real de Rabat, Sid Mohammed Sijilmassi, con un mensaje personal de Hassan II para Faysal. No se publicó el contenido de tal mensaje, pero Sijilmassi dijo que se refería a ciertas gestiones relacionadas con la situación general en Oriente Medio. Y comunicó que para completarlas, el rey Hassan iría personalmente a entrevistarse con el rey Faysal.

El martes 9 de abril se hizo saber oficialmente en Rabat que el soberano magrebí completaría su viaje con otras visitas a Turquía y el Irán. La primera, atendiendo a una invitación directa hecha por el presidente de la República turca, Cevdet (Yevdet) Sunay; la segunda, como devolución de la que el Shah persa había hecho el año 1966 a Marruecos. Pero tanto el énfasis puesto para la preparación del recorrido como la composición de la misión que habría de acompañar a Hassan II, hizo comprender que se albergaban unos propósitos muy vastos, que no sólo trascendían lo marroquí, sino lo árabe en general, para extenderse a las más amplias perspectivas del Islam mundial. Siendo Turquía y el Irán dos naciones orientales muy importantes que no forman parte del compuesto árabe, pero que tienen en común con los árabes y los arabizados los principales factores de su civilización, se decía en abril (en varios círculos de comentaristas internacionales) que si el proyecto de cumbre árabe en Rabat se suprimiese, podría ser sustituido definitivamente por una «cumbre de Estados musulmanes».

En la composición de la misión que acompañaba a Hassan II figuraban ocho ministros de su Gobierno y varios políticos destacados, incluso jefes de partido de la oposición, como los prohombres del Istiqlal, Allal el Fasi y Abdeljaraq Torres. De la familia real iban el príncipe Muley Abdallah y la princesa Lalla Aicha, hermanos del rey del Magreb, y dos de sus primos. Entre los ministros, los de Asuntos Exteriores, Bienes Religiosos Islámicos (Habus) y Agricultura.

La visita a Turquía, realizada entre el 10 y el 15, fue destacada por los comentaristas oficiosos de Ankara y Estambul como un acontecimiento histórico. Dichos comentaristas recordaron que hace pocos siglos fueron Turquía y Marruecos los únicos Estados islámicos que se asomaban y extendían junto al Mediterráneo. También se subrayó el carácter valeroso y guerrero de los pueblos turco y marroquí, así como el papel de puentes geográficos

naturales y sitios de entrecruces estratégicos, culturales y económicos que ambos desempeñan en los extremos del Mediterráneo actual.

Muy curioso fue también el hecho de que los comentaristas y portavoces de Turquía (es decir, de un país que es laico en lo estatal, aunque siga siendo islámico en el estatuto personal de los habitantes) dijese y escribiesen al llegar Hassan II, lo siguiente: «La amistad turco-marroquí puede servir muy eficazmente los intereses de la causa islámica, la cual impone la unión de todos los musulmanes, se encuentren donde se encuentren, así como su reintegración a la comunidad mundial.» De este modo, la llegada a Ankara del jefe de Estado de un país que oficialmente se considera árabe, pero que nunca tuvo con Turquía pleitos, ni disgustos, ni recuerdos de separatismos (como ha ocurrido con los árabes del Oriente), sirvió de ocasión para que se manifestase en Ankara un entusiasmo callejero junto al brillo del recibimiento oficial.

La visita al Irán, entre el 15 y el 20, también tuvo muestras de entusiasmo callejero. El principal episodio fue el del discurso que Hassan II pronunció ante las dos Cámaras reunidas del Parlamento persa, refiriéndose sobre todo a la cuestión palestina y diciendo que la crisis del cercano Oriente exige la evacuación por Israel de los territorios árabes y los Santos Lugares ocupados por la violencia, así como el cumplimiento israelí de las resoluciones de las Naciones Unidas.

La etapa iraní sirvió igualmente para que se firmasen en Teherán unos acuerdos de cooperación económica y técnica iraní-magrebí. Ya en junio de 1967 había sido firmado un acuerdo de cooperación, por el cual Irán facilitaba dinero en préstamo para ayudar a construir una presa de regadío en Ait-Adel, sobre el Tassaut. Los nuevos acuerdos completan aquel inicial en otros sectores agrícolas del plan quinquenal marroquí, del mismo modo que unas ayudas procedentes de Kuwait. Así el desarrollo de Marruecos, que es el Estado islámico más occidental, presenta interés directo para los ricos Estados islámicos petrolíferos del Golfo Pérsico.

Precisamente el día 13 del mismo abril (es decir, mientras Hassan II y su séquito estaban en Turquía) terminó una visita que el rey Faysal de Arabia hizo al Emir de Kuwait, y que tuvo por objetivo buscar el modo de establecer un *modus vivendi* en todo el Golfo, después de que termine de realizarse la evacuación de las antiguas bases británicas. Los dos soberanos árabes elaboraron una fórmula, que luego fue presentada al Shah. Parece

ser que dicha fórmula preveía una posterior etapa de otras conversaciones en Riyad, tomando probablemente parte el presidente Aref, del Iraq. El objetivo es permitir un reparto de las influencias persas y árabes locales, invocando el nexo común del musulmanismo. En realidad, los persas y los árabes locales tienen un interés común en que el «vacío» británico no sea llenado ni por la U. R. S. S. ni por los Estados Unidos.

La reunión tripartita de Riyad, que fue el acto culminante de la tercera etapa del viaje de Hassan II (la etapa saudita), respondía al mismo empeño de buscar un eje más sólido y más amplio para la reagrupación de los pueblos y los países próximo-orientales. La entrevista fue sostenida por los tres reyes, magrebí, jordano y saudita, con el principal objetivo confesado de tratar sobre las nuevas posibilidades de celebración de la cumbre árabe, con vistas al problema palestínés, así como de las ayudas urgentes que necesita Jordania; pero es seguro que también se trate de que en dicha ayuda pueda haber elementos orientales no árabes.

En contraste con el optimismo que se manifestó en Riyad, produjo gran sorpresa la repentina suspensión de la escala que Hassan II tenía que haber hecho en El Cairo el día 27, al regresar del país saudí. El ministro marroquí de Información, Sid Ahmed Senussi, fue a entrevistarse con el presidente, Abdel Nasser, llevando un mensaje especial, cuyo texto no fue revelado. El señor Senussi manifestó después que el rey magrebí y el presidente egipcio estaban de acuerdo «para no desaprovechar las oportunidades de consultarse mutuamente». No obstante, la etapa de El Cairo fue suprimida a última hora, alegándose evidentes pretextos.

En cambio hubo una última etapa que no estaba prevista, con la escala hecha en Túnez, donde Hassan II abrazó al presidente Burguiba. Fue una escala que duró veinticuatro horas.

Inmediatamente después del regreso a Rabat, los círculos de información enfocados sobre el Norte de Africa trataron de valorar los resultados del viaje, tanto en relación con Marruecos como con el revuelto Oriente mediterráneo. Fue una pretensión prematura en lo tocante a dicho Oriente, donde todo lo más ha podido señalarse como un «paso positivo» entre otros pasos positivos. Para Marruecos el recorrido de su soberano ha servido para un aumento de prestigio como factor unificador. De todos modos han destacado unos valores de oportunidad cuando alguien (en este caso el rey marroquí)

ha tomado la iniciativa de dar el primer paso en unos rumbos que apuntan con insistencia.

En primer término se trata de que dos países, tan caracterizados como Turquía y Persia, vuelvan a poner una gran parte de su atención sobre el sector natural geográfico del Oriente cercano en que están incluidas. Es evidente que desde después de la Primera Guerra Mundial, casi todos los esfuerzos de los gobernantes turcos e iraníes se han consagrado a las reorganizaciones interiores de sus países, según planes de aparatosas modernizaciones, según los usos más internacionales. Por el mismo motivo la atención política internacional de Ankara y Teherán, aproximadamente desde 1925, ha estado centrada en la atención hacia el equilibrio de las grandes potencias. El cambio del eje del interés hacia sus propias zonas orientales comunes acelera ahora una trayectoria a la cual contribuyen sus articulaciones con el Pakistán.

La Conferencia que el 23 y el 24 del mismo abril celebraron en Londres los países del pacto de la C. E. N. T. O., fue un síntoma muy significativo. Las delegaciones de Norteamérica, Gran Bretaña, Turquía, Irán y Pakistán se reunieron para revisar el papel futuro de dicha C. E. N. T. O., que nació en 1955 como una alianza defensiva (sobre todo frente a la U. R. S. S.) y ha ido luego poco a poco dando preferencia a actividades de carácter económico-social. El aspecto militar se redujo a que el primer ministro británico, Harold Wilson, prometió a sus aliados asiáticos que el Reino Unido «no les abandonará» cuando en 1971 ya no haya allí tropas inglesas, pero sin que tales palabras impliquen ningún compromiso en firme.

Al final de las conversaciones londinenses, el comunicado común decía, en primer término, que los cinco Estados miembros reiteraban su determinación de «acelerar el desarrollo económico y social y continuar trabajando por la paz y seguridad». También fue definida la C. E. N. T. O. como un organismo que inspira confianza internacional. La vaguedad de tales conclusiones parece ser un síntoma de que Londres y Washington ya no cuentan con la confianza de sus ex cooperadores islámicos, porque éstos creen que son siempre utilizados, pero casi nunca apoyados. Y si unos y otros aún no han roto su asociación es porque han encontrado una fórmula evasiva en las prestaciones y desarrollos agrícola, industrial, etc. Pero en lo político, los gobernantes turcos iraníes y pakistanos siguen ya una línea propia coincidente.

En cuanto al islamismo como nexó político ante todos ellos y los Estados de expresión árabe, es algo sobre lo cual existe conformidad general en Ankara, Teherán y Karachi, pero no entendiéndolo como alianza política (al menos por el momento) ni mucho menos como bloque religioso. El «panislamismo» imperial con que antes de la Primera Guerra Mundial soñaba el tristemente célebre sultán otómano u osmanlí, Abdul Hamid II, no tenía razón de ser, y quedó después totalmente desechado. Ahora no se habla de puritanismo, sino de cooperación mutua. Esa es la clave del Pacto Regional de Cooperación para el Desarrollo Regional (*Regional Co-operation for Development*), o sea del otro pacto que los tres miembros islámicos de la C. E. N. T. O. establecieron en 1964 dentro de la misma C. E. N. T. O., para poder actuar siempre que les convenga, al margen de las dos potencias anglosajonas.

Respecto al Islam, el ministro turco de Asuntos Exteriores, Ihsan Sabry Yaglaianguil, dijo oficialmente en Teherán el 15 del pasado abril, que no es necesario llegar a establecer una alianza con pactos y compromisos entre las principales naciones islámicas, árabes y no árabes, sino que es más urgente y factible extender a todo el cercano Oriente el sistema de cooperación práctica, ya iniciado por Turquía, Irán y Pakistán.

Respecto a la actitud de los Estados islámicos no árabes ante el problema de Israel, el mismo ministro turco reiteró la firme continuidad de la actitud adoptada por los jefes de Estado del Irán, Turquía y Pakistán, cuando en el 31 de julio de 1967 proclamaron su solidaridad con los árabes, y actuaron dentro de la O. N. U. en pro de que ésta obligue a Israel a evacuar los territorios ocupados.

Puede objetarse, con razón, que las promesas verbales de los islámicos no árabes son sólo de efectos morales, pero de ninguna aplicación concreta. En el momento actual parece ser que los resultados del viaje de Hassan II han acrecentado los alientos espirituales, aunque no existe aún la menos perspectiva de que el sistema de la Liga Árabe llegue a ampliarse hasta convertirse en Liga Árabe e Islámica. Pero es indudable que los apoyos anglosajones a Israel ha sido uno de los factores que más van acelerando la desconfianza de los dirigentes turco-persa-pakistanos, inclinándoles hacia la no alineación. De esto fue un episodio curioso el del comunicado conjunto publicado después del viaje que el mes pasado hizo a Ankara el primer ministro yugoslavo, Milka Spiljak, comunicado más en favor de la O. N. U. en general que de las potencias occidentales.

En cuanto a Marruecos, había cabido para Hassan II, sus consejeros y sus colaboradores el mérito y la oportunidad de haber actuado para iniciar razonablemente un sistema de cooperaciones por mutuas consultas, sistema que es tradicional en lo jurídico musulmán. Se trata de que a través de esas consultas repetidas y entrelazadas, y del equilibrio entre los extremismos pasionales y el realismo acomodaticio, se alcance el *consensus* general, que es un ideal del pensamiento político islamizado.

RODOLFO GIL BENUMEYA.

